

COSTA RICA: ELECCIONES Y DEMOCRACIA EN LA CRISIS *

Manuel Rojas
Professor da Universidade de Costa Rica



“... pedimos cada vez más democracia
en condiciones objetivas cada vez
mas desfavorables.”

N. Bobbio

El domingo 2 de febrero, de 1986 los ciudadanos costarricenses acudieron masivamente a las 6.751 juntas receptoras de votos instaladas a lo largo de todo el país, con el propósito de elegir a casi 2.000 nuevos funcionarios públicos, el más importante de ellos, el presidente de la República.

De 1.486.474 votantes potenciales, acudieron a las urnas electorales más de 1.200.000 ciudadanos, lo que significa una participación efectiva en el proceso electoral de aproximadamente, el 82%. Por novena vez consecutiva desde la Guerra Civil de 1948, los costarricenses hicieron uso de un mecanismo electoral que se ha venido perfeccionando con el paso de los años, a la par que alcanzaba legitimidad como forma socialmente aprobada para la elección de los gobernantes. La democracia, como mecanismo para elegir y autorizar gobiernos, ha demostrado una vez más en estas elecciones su extraordinaria vigencia en Costa Rica, a pesar de que todavía se padecen los efectos de la mayor crisis económica que ha soportado el país en 165 años de vida independiente.

El gran apoyo recibido por los dos grandes partidos políticos del país, uno de tendencia neoliberal (Unidad Social Cristiana) y otro de orientación social demócrata (Liberación Nacional), contrasta notablemente con la situación de la izquierda. En efecto, juntos, esos dos partidos recibieron, aproximadamente, el 98% de los votos emitidos para elegir presidente, y el 89% de los votos para diputados; mientras tanto, la izquierda, dividida en dos coaliciones, apenas recibió el 1.3% de los votos para presidente y el 51% de los votos para diputados.

La particular historia de este país, así como la coyuntura nacional y regional, explican un fenómeno único dentro del contexto centroamericano. En primer lugar, hay que señalar las razones históricas. La democracia en Costa Rica no se ha limitado a ser un mecanismo para la elección de élites gobernantes, sino que también ha tenido sus efectos a nivel social. En esto hay una diferencia marcada con el resto de los países de la región, donde la existencia atrofiada de las libertades públicas — o la total inexistencia de ellas — ha estado acompañada de una población mayoritaria colocada al margen de cualquier beneficio social.

Todavía hoy en día, los costarricenses viven bajo los efectos de un régimen político que se ha caracterizado por la negociación y las concesiones,

* *Artigo publicado na revista Nueva Sociedad sob o título Costa Rica, Libertado Liberalismo, e resumido por Vicente Masip.*

como forma de resolución de los conflictos sociales, bajo el arbitraje estatal. Esto produjo, a lo largo de más de cuarenta años, una población con niveles de vida relativamente altos, si comparados con los del resto de los países del área; una población acostumbrada a recibir una serie de beneficios, provenientes de las instituciones estatales, en ámbitos tales como el de la salud y la educación, principalmente.

CUADRO 1 — CENTROAMERICA: ALGUNOS INDICADORES SOCIALES, 1950-1975

PAISES	Grado de alfabetismo		Expectativas de vida al nacer		% de población con acceso al agua potable	
	1950	1975	1960	1975	1960	1975
CENTRO-AMERICA	38.7	57.1	49	59	21.9	46.4
Costa-Rica	79.4	89.8	62	70	58.2	78.0
El Salvador	38.4	59.7	50	63	20.1	55.0
Guatemala	29.4	48.2	47	57	19.1	32.0
Honduras	35.2	52.5	46	57	15.8	38.0
Nicaragua	38.4	53.1	47	55	12.6	52.0

FUENTE: CEPAL, 1980. 10.

Hasta el comienzo de los años setenta, los costarricenses gozaron de un crecimiento económico más o menos sostenido (el PIB creció, como promedio, un 6.7% en el período 1950-78, mientras que el promedio regional, en el mismo período, fue de 5.3%), lo que permitió una política de salarios crecientes (aumentos moderados pero periódicos) y una inflación prácticamente inexistente. Todo esto aunado a la existencia de un régimen de libertades públicas, más o menos extendido y respetado, y a la ausencia del ejército como institución permanente.

El Partido Liberación Nacional, nacido al fragor de las luchas que dieron remate al proceso político de los años cuarenta, logró constituirse en un eficaz mecanismo de canalización e integración de las demandas provenientes de diversas clases sociales, contribuyendo significativamente a la estabilidad política del país. Todos estos elementos contribuyeron para la gran solidez de esta democracia, en un contexto centroamericano donde los regímenes de excepción eran la regla.

En segundo lugar, después del período 1979-82, durante el que la crisis económica se manifestó con singular crudeza, el país entró en una etapa de relativa estabilidad económica, lograda gracias a la ayuda norteamericana (entre 1982 y 1985, el país ha recibido más de 600 millones de dólares provenientes de los Estados Unidos, además de otras ayudas diversas), y a la paciencia de los sectores populares, que han soportado más o menos estoicamente las medidas del programa de estabilidad. Sin embargo, la mayoría de los costarricenses atribuye la estabilidad al buen manejo de la crisis realizado por el gobierno de Luis Alberto Monge, del Partido Liberación Nacional, mientras acusan al gobi-

erno anterior, encabezado por Rodrigo Carazo, de impericia e improvisación, y lo señalan como culpable de haber desatado las furias de la crisis. Las causas estructurales de ésta, así como el verdadero origen de la estabilidad lograda, permanecen velados para el ciudadano común.

Por esta razón, buena parte del electorado estaba dispuesta a acudir a las urnas para ratificar su confianza en el Partido Liberación Nacional, rechazando los planteamientos neoliberales sostenidos por el Partido Unidad Social Cristiana, una fórmula política que estuvo ligada al anterior gobierno del presidente Carazo. Para el ciudadano común, un nuevo gobierno de Liberación Nacional, encabezado esta vez por Oscar Arias, significaba una esperanza de superación de la crisis, el fin de los sacrificios de los últimos cinco años y la recuperación de los niveles de bienestar alcanzados antes de 1978.

CUADRO 2) – COSTA RICA. PRINCIPALES INDICADORES ECONÓMICOS, 1980-1985

INDICADORES	1980	1981	1982	1983	1984	1985 ¹
<i>Variación porcentual</i>	0.8	-2.3	-7.5	2.3	6.6	2.4
<i>Índice de producción real²</i>						
<i>Empleo³</i>						
a) Tasa desempleo abierto	5.3	8.3	8.5	7.9	6.5	6.0
b) Tasa subutilización total de mano de obra ⁴	13.5	17.2	21.8	18.1	15.1	14.0
<i>Variación general de precios⁵</i>	18.8	56.1	79.1	25.4	9.9	9.0
<i>Salarios reales⁶</i>						
a) Promedio	8.621	7.302	5.535	6.592	7.462	7.835
Var. porcentual	-3.6	-15.3	-24.2	19.1	13.2	5.0
b) Mínimo	4.848	4.440	4.139	4.863	5.257	5.559
Var. porcentual	1.4	-8.4	-6.6	17.5	8.1	5.7
<i>Sector externo⁷</i>						
Exportaciones FOB	1001.7	1008.1	870.4	877.2	957.9	930.0
Importaciones CIF	-1523.8	-1208.5	-893.2	-987.2	-1090.0	-1080.0

1) Estimaciones de MIDEPLAN.

2) Producto Interno Bruto a precios constantes, 1980 = 100.

3) Tasas anuales promedio.

4) Número de desocupados más número de empleos necesarios por subempleo.

5) Tasa de variación en el defactor implícito de la demanda interna.

6) En colones por mes, a precios constantes de 1985.

7) En millones de US dólares.

FUENTE. Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica, 1985. 18.

Los costarricenses están conscientes de lo que han perdido, pero piensan que es posible una recuperación a corto plazo. Y estos sueños fueron alentados por la propaganda del Partido Liberación Nacional, en la campaña que finalizó el 2 de febrero, con muy buenos resultados, porque Arias fue elegido con más del 52% de los votos emitidos.

La realidad del país y las perspectivas de la economía contrastan agudamente con la confianza de los costarricenses en el régimen político y con los sentimientos de igualdad que aún alientan sus corazones. Los salarios continúan, aún, por debajo de los niveles alcanzados a principios de los años setenta; los precios siguen aumentando; la deuda externa crece cada día más y las posibilidades de mejoramiento real de la economía son escasas.

En tercer lugar, el apoyo de los costarricenses a la democracia formal debe ser interpretado como una forma de reacción frente a los conflictos que vive Centroamérica. Desde fines de 1979, los sectores dominantes se dieron cuenta que estos conflictos podrían tener un "efecto de demostración" en el país; se apresuraron a conjurar el peligro tratando de lograr una reafirmación de la democracia, como característica nacional dentro de un contexto desgarrado por las luchas intestinas. Y tuvieron éxito en su objetivo, porque, el 2 de febrero, la mayoría de los costarricenses se sentía obligada a participar de las elecciones generales; lo sentía como un deber, como una forma de reafirmación de uno de sus valores nacionales fundamentales.

Esta participación podría ser calificada, en general, como positiva, si no fuera porque los grandes medios de información y los productores oficiales de ideología se encargaron de idealizar la democracia "a la tica", difumando las contradicciones entre la realidad social y el régimen político, y despojando a la idea de democracia de todo lo que no estuviere de acuerdo con su consideración de simple mecanismo de selección de élites gobernantes (al respecto ver Dimare, 1986: 15A).

Pero hay otro elemento en juego. Aunque la mayoría de los costarricenses tiene una opinión desfavorable del proceso revolucionario nicaraguense — gracias a la manipulación informativa —, no están interesados en entrar en una confrontación directa con el régimen sandinista. El hecho de que el candidato del PLN señalara el mantenimiento de la paz como uno de los aspectos fundamentales de su programa, parece haber decidido a su favor un porcentaje importante de votos, buena parte de ellos proveniente del sector calificado como "izquierda independiente". El candidato del opositor PUSC, a lo largo de la campaña, dio muestras de estar más inclinado por las soluciones de fuerza en los conflictos con Nicaragua, y de apoyar sin mayores reservas la política norteamericana en el Istmo.

¿Cuál es el balance de la campaña en términos del fortalecimiento de la democracia? En primer lugar, la campaña de los dos grandes partidos se planteó como una gran actividad empresarial, donde se trataba de vender un producto a consumidores electorales potenciales. Esto se reflejó claramente en la propaganda realizada a través de la televisión: con derroches de imágenes multicolores y de pegajosas melodías, se buscó golpear los sentidos de los posibles votantes, estimulándolos a consumir la mercancía del candidato. No mediante el razonamiento frío, producto de la comparación entre programas y personalidades de los candidatos, sino por el impacto de una colorida etiqueta o un envase novedoso. Por esa razón, la palabra escrita jugó un papel absolutamente secundario en esta campaña.

El experto y novedoso manejo de la imagen y el sonido mostraron que este tipo de campaña sólo se puede realizar si se cuentan con enormes

recursos económicos y técnicos (ambos partidos tuvieron a su disposición la asesoría de expertos internacionales). Dentro de este esquema, los partidos pequeños fueron colocados en una posición de absoluta inferioridad. Si esta pauta se mantiene en las futuras campañas políticas, habrá competidores desautorizados, de antemano, a participar en el torneo electoral; por incapacidad económica o técnica, o porque no logren cumplir las reglas del juego establecidas — se habla de una reforma al Código Electoral que ele considerablemente el número de firmas necesarias para inscribir a un partido —, las minorías serán excluidas del juego electoral y el bipartidismo terminará por imponerse. Pero esto no parece alarmar mucho a los ideólogos del sistema, para quienes el bipartidismo es símbolo de una democracia madura, cuyo modelo lo constituyen los Estados Unidos.

En segundo lugar, en la campaña no se debatieron los grandes problemas del país. La propaganda de los dos grandes partidos omitió cualquier referencia a cuestiones que pudieran provocar reacciones adversas en ciertos grupos sociales, y se movió en un plano intermedio, buscando complacer a todos los sectores. En ese sentido, los sondeos de opinión — que se pusieron de moda en esta campaña — no sólo sirvieron para explorar las preferencias de los electores potenciales, sino también para investigar sobre sus creencias, problemas cotidianos y prejuicios, a fin de que los candidatos ajustaran sus planteamientos a lo que los ciudadanos querían ver u oír, ocultando en buena parte lo medular de su pensamiento. Es una forma de hacer política donde lo importante es alcanzar la mayoría, cazar votos, al margen de cualquier consideración ética.

Aunque a lo largo de los últimos tres meses de campaña, fueron mucho más evidentes las diferencias de los dos partidos en aspectos relativos al Estado y su papel en la sociedad civil, a los gastos sociales del Estado y a la paz, es posible afirmar que la mayoría del electorado no hizo su opción basado en un conocimiento cabal de las propuestas reales de ambos partidos, sino que se dejó llevar por consideraciones más o menos subjetivas.

En ese sentido, la campaña electoral que ha finalizado provoca serias dudas sobre la necesidad de la llamada "deuda política". En efecto, un observador atento no puede dejar de preguntarse qué sentido tiene que los contribuyentes financien una campaña que, lejos de elevar su conciencia política, contribuya aún más, a turbarle el uso de la razón.

En tercer lugar, y directamente relacionado con lo anterior, la campaña electoral evocaba un baile de disfraces, o un juego de representaciones, donde la identidad real permanece oculta. Los neoliberales se disfrazaron de socialcristianos, buscando cubrir las aristas más aguzadas de la filosofía política que profesan. Prefirieron no correr riesgos innecesarios y asumieron un papel que los exponía mucho menos ante los electores. No ganaron las elecciones, pero lograron arrastrar a un 4%, aproximadamente, de los votantes.

Los liberacionistas jugaron un juego complicado; unas veces, asumían abiertamente posiciones socialdemócratas, pero, otras veces, renegaban de ellas, sobre todo cuando se les trataba de ligar con la IS,* dado el relativo apoyo que ésta ha otorgado a la Revolución Nicaragüense. Y, como se sabe, uno de los requisitos esenciales para poder ganar las elecciones era el no mostrar la mínima simpatía por los sandinistas.

En todo caso, los liberacionistas nunca han sido tan socialdemócratas como osan presentarse. En primer lugar, sus raíces no son en realidad socialdemócratas (pensando en el movimiento de ese credo de origen europeo); sino

* *Internacional socialista*

que, en sus orígenes, recibieron la influencia ideológica de algunos movimientos sociales y políticos latinoamericanos (la Revolución Mexicana, el aprismo, el liberalismo colombiano de los años treinta y cuarenta) y de corrientes liberales norteamericanas, cuyas fuentes se remontan a John Stuart Mills. En segundo lugar, más que fieles seguidores de una filosofía política determinada, los liberacionistas han sido fundamentalmente pragmáticos; su paradigma fue construído tomando elementos de uno y otro lado, en estrecha interacción con las demandas de la realidad.

Pero, al sobrevenir la crisis, este paradigma perdió viabilidad y credibilidad; aunque retazos del mismo reaparecen en el programa del candidato liberacionista — y hoy presidente electo —, Oscar Arias, su base está fracturada y por las hendiduras se han colado elementos provenientes de la postura neoliberal, sin pasar por un proceso previo de crítica. Por convicción, oportunismo y también por una gran dosis de fatalismo, los liberacionistas han aceptado como algo inevitable el marco condicionante externo, que define los límites de lo posible en economía y en política. Esa ha sido la base de las medidas tomadas por el gobierno verde y blanco de Luis Alberto Monge, en los últimos cuatro años, y no hay signos que hagan pensar que va a ocurrir un cambio radical en el próximo cuatrienio.

Este juego de representaciones ha afectado también a la izquierda del país, cuanto, menos a uno de los grupos beligerantes, que ha tratado de engalanarse con tonos pastel, dejando guardados los rojos encendidos, como si para ganar el favor del electorado bastara la moderación en los tonos, evitando una crítica a fondo de la práctica política seguida en los tres últimos decenios y de la teoría política sobre la que se sustentó dicha práctica, todo ello a la luz del análisis sobre el desarrollo histórico y la situación actual del país.

Finalmente, llama la atención la forma de participación del ciudadano, quien ha sido relegado a un oscuro papel de comparsa dentro de este juego de representaciones. Pero ha terminado por aceptar su papel y vive la campaña política como una especie de gran carnaval, donde el sonido de las bocinas de los automóviles y el colorido de las banderas contrasta con la ausencia de un amplio debate político.

La campaña política parece haber estado diseñada para provocar la pasividad del ciudadano; en todo caso, si esa no era la intención, los efectos fueron los mismos, porque el costarricense no ejerció ninguna presión sobre los partidos para obligarlos a pronunciarse claramente sobre los graves problemas del país; se conformó con ser sujeto del bombardeo de imágenes y sonidos, y en buena medida se dejó llevar por los llamados signos externos a la hora de tomar una decisión definitiva sobre el candidato al cual otorgaría su voto.

Las denuncias de corrupción que menudearon de uno y otro lado, algunas de ellas fundamentadas, como el escamoteo de 100 millones de colones de fondos para emergencias nacionales manejados por la Casa Presidencial, no parecen haber jugado ningún papel importante en los resultados de las elecciones. No afectaron al Partido en el gobierno, ni elevaron sustancialmente el abstencionismo. Aparentemente, el ciudadano medio ha terminado por aceptar como normal la existencia de un cierto nivel de corrupción en todos los partidos políticos, razón por la cual las denuncias pasan a un segundo plano a la hora de decidir por quien votar.

Ahora bien, cuáles son las perspectivas de esta democracia? Más allá de las "paradojas de la democracia de los modernos", señaladas por Bobbio

(1978:37), de lo dicho hasta ahora se deduce que la democracia costarricense tiene sus propios cuellos de botella, que arrojan serias dudas sobre sus posibilidades de supervivencia a mediano plazo. Hay una crisis que se está incubando y que puede reventar con inusitada fuerza.

La democracia como un estatuto social que hace posible la participación igualitaria de todo el pueblo en el gobierno de la comunidad (Cerroni, 1969: 2), parece ser un ideal que se aleja cada día más de la realidad costarricense, para convertirse en un simple procedimiento para elegir gobernantes, dentro de un marco relativo de libertades, que también tiende a restringirse.

Hemos señalado el deterioro de las condiciones de vida de un importante sector de la población como uno de los problemas más difíciles de enfrentar. La igualdad formal ha empezado a perder aceleradamente la base en que se asentó, y la pobreza es cada vez más visible en las ciudades y el campo.

Las instituciones del Estado, otrora elementos fundamentales dentro del equilibrio político del país, se muestran hoy em día como entes incapacitados para dar respuesta a las numerosas demandas de los diferentes sectores sociales. La crisis fiscal, el elevado endeudamiento externo y las restricciones impuestas por el FMI y las agencias financieras internacionales hacen imposible la continuación de una política extendida de concesiones. Salvo que ocurra un milagro económico, en los próximos años los gobiernos tendrán que continuar con los llamados programas de ajuste estructural, que demandan cortes radicales en el renglón de los gastos sociales del Estado.

Pero el problema de las demandas insatisfechas no tiene que ver solamente con la cuestión financiera; entra en juego, también, el volumen y la lentitud de una máquina estatal que absorbe a más del 25% de la población ocupada asalariada del país. Las demoras en la toma de decisiones y la insuficiencia de las respuestas, han incrementado durante los últimos años los movimientos de protesta. Sectores, que en otros tiempos demostraban una cierta pasividad frente a las instituciones del Estado, han pasado a jugar un papel más activo, como los pequeños y medianos campesinos.

El reforzamiento del aparato represivo, y la ampliación del control de los ciudadanos, es otro de los problemas que hay que tomar en consideración a la hora de analizar el futuro de esta democracia. Con el pretexto de la defensa de la soberanía frente a las agresiones reales o supuestas de los sandinistas, las fuerzas policiales han recibido entrenamiento y equipo que aumenta considerablemente su capacidad represiva. Se han mejorado los sistemas de inteligencia; y los grupos paramilitares, de corte fascistoide, han alcanzado mayor apoyo y se muestran mucho más agresivos que en el pasado.

Paralelamente, los empresarios han creado una serie de grupos que, con el pretexto de la defensa de la democracia, no sólo mantienen una costosa campaña publicitaria para la promoción de sus valores, sino que intentan ejercer un control más abierto sobre las actividades de los ciudadanos, creando una red de vigilancia (Grupo Alerta, por ejemplo).

Aunque no se puede afirmar que exista un proceso marcado de deterioro de las libertades públicas, hay signos que muestran esa posibilidad. Hay dificultades para la libre expresión del pensamiento en un sistema de medios de información controlado por un reducido grupo de empresarios. Una especie de círculo de hierro formado por ciertas instituciones del Estado, la Iglesia Católica, las cámaras empresariales y los medios de información, rodea al ciudadano, dificultándole la recepción de cualquier comunicación alternativa.

Pero, quizás, lo más preocupante es que, frente al fortalecimiento de la derecha ocurrido en los últimos cinco años, no logra perfilarse una alternativa popular. La izquierda tradicional se ha debilitado en el mismo período y buena parte del descontento popular parece que está siendo canalizada por la corriente neoliberal del PUSC.

En fin, negros nubarrones se ciernen sobre el cielo de un país que, como lo señaló una vez el presidente Monge, está en el centro del ojo del huracán. Sin embargo, el ciudadano medio no logra percatarse del peligro. Con los pies en un suelo que falsea y con la cabeza aturdida por el bombardeo constante de los medios de información, sigue defendiendo — frente a las supuestas amenazas del vecino sandinista — una democracia que, como ideal de efectiva igualdad, queda cada vez más atrás.